

res.—Toledo.—Iglesia Romana.—Pontífices haciendo crecer su culto, desde Sixto IV á Pío IX.—Patronato de la Iglesia universal.—Reflexiones sobre esta circunstancia.—Completa realización de la profecía de Jacob.—De los mandatos de Faraón, respecto de su lugarteniente en Egipto.—Triunfos de Mardoqueo, asociados á los de Esther.—Pregón ordenado por Asuero.—Amán llevando el diestro del caballo enjaezado, sobre el que cabalga Mardoqueo, en premio de sus servicios y fidelidad al Rey.—Amán, figura del demonio.—Realización de la profecía davídica.—El diablo postrado y midiendo la tierra.—Otras frases de Jacob, bendiciendo á José.—Su hermosura.—Súplica al Santo.

SERMON

DE SAN PEDRO APÓSTOL.

Et apprehensa manu ejus dextera, allevavit eum, et protinus consolidatae sunt bases ejus et plantae.

Y tomándole por la mano derecha, le levantó, y en el mismo punto fueron consolidados sus pies y sus plantas.

(Act. III, v. 7.)

Aparecen de vez en cuándo en la dilatada serie de los siglos, en la historia del mundo, y en las eternas vicisitudes de sus hechos y de sus personajes, como de sus ideas y de sus costumbres, hombres que no se pertenecen á sí mismos, que no constituyen una existencia aislada, ni pueden asignarse á una sola y determinada época, y esto, que aún se verifica en las debidas proporciones, dado el sello de caducidad que lleva en sí todo lo criado, se ostenta, en absoluto, en los elegidos de Dios, sobre todo cuando han sido destinados para representar una institución, para perpetuar un hecho, para dar testimonio eterno de una promesa: los fundadores de las órdenes religiosas, como los inventores de útiles descubrimientos y los hombres benéficos para la humanidad, viven en sus hijos, en sus artefactos, en sus obras de misericordia: los Apóstoles en el episcopado católico; Pedro, en el Vicario de Jesucristo en la tierra.

Le he nombrado, y voy á delinear inmediatamente su elogio; pero ya conoceréis, por las reflexiones que acabo de expo-

neros, que no considero al Príncipe del Colegio Apostólico, precisa y únicamente, en la personalidad, aunque augusta, santa y venerable, del pescador del lago de Galilea, aun convertido, según la misma frase del Divino Maestro, en pescador de hombres en toda la extensión de este otro inmenso lago del universo, no: Pedro es más que Pedro; Pedro, no es un hombre, por más que ese hombre sea un Santo, y un Santo de esa talla y de sus elevadas precisas condiciones: Pedro es una institución, é institución que nunca puede faltar, porque aparte, si posible fuera olvidarla, de la promesa divina, responde á las necesidades de todas las épocas, y el mundo la necesita, en tanto que pueda existir: Pedro es el lazo de unión del cielo y la tierra, del universo visible é invisible, de Dios y el hombre, en fin, como la antigua escala de Jacob en el camino de la Mesopotamia: Pedro es un santo, que ha vivido, vive y vivirá en el Pontificado hasta la consumación de los siglos.

Ahora, escuchad, y medita un momento, sobre un hecho, que termina y completa mi plan y mis precedentes afirmaciones, porque fija y determina y explica la fuerza y la omnipotencia, la virilidad y la dulzura, la energía y la compasión que forman el carácter del Vicario de Cristo en la tierra, en su persona, en la de sus sucesores; en Roma, como en Antioquía; en Aviñón, como en Gaeta; en la ciudad más populosa, como en la isla más desierta, porque Pedro es Pedro siempre, y en todas partes; en el trono, como en el calabozo; en el Concilio de Jerusalén, como en la cárcel Mamertina; entre las cadenas de Herodes, como en el solio de Constantino; porque donde él está, allí se encuentra Cristo y su Iglesia.

Una tempestad deshecha agitaba las tranquilas corrientes del lago de Genesaret: zozobraba la barca de los futuros Príncipes del reino de Jesucristo en la tierra: la voz de Aquel á quien el mar y los vientos obedecen, en expresión de las turbas, consignada en el Santo Evangelio, y anticipada en admirable profecía por los Sagrados Cánticos, llamaba á Pedro, mandándole caminar sobre las aguas, que servían al Salvador

de cristalino escabel y de espumosa rizada base: Pedro, que había pedido esta señal para convencerse de que no era un fantasma el que venía en su socorro, vacila, sin embargo, al emprender su marcha sobre las encrespadas corrientes, porque comienza á sumergirse; y clama de nuevo, afligido, reconociendo siempre á su Maestro: y Jesucristo, al reprenderle por su poca fe, se digna tomar la encallecida mano del pescador del lago entre las suyas, lo levanta, lo trae á sí..... basta: la mano divina de Jesús ha comunicado, indudablemente, desde ese instante mismo, á la mano temblorosa y convulsa del que debía elegir para Vicario suyo en la tierra, una doble fuerza, que constituye la división, natural y precisa, de todo su elogio y panegírico; fuerza para operar el bien; fuerza para resistir el mal; en una palabra: *la mano de Pedro, siempre pronta para socorrer y bendecir y salvar á la sociedad, encomendada á sus espirituales cuidados: la mano de Pedro, siempre fuerte, para sostener los derechos de la Iglesia en provecho de esa sociedad misma.*

Pastor Eterno, Pastor de los Pastores, Pastor que nunca abandonas tu grey, que guardas, visiblemente por medio de tus Apóstoles, y con especialidad por el Príncipe de todos ellos, escucha el balido de este pobre corderillo, el último del rebaño, adquirido á costa de tu preciosa sangre: y si por su indignidad, no atiendes, acaso, su clamor, escucha, te ruego, el de todo el redil, aquí congregado, que interpone la poderosa mediación de la Raquel Pastora, á la que clamamos, diciendo con el Angel:

AVE MARÍA.

Basta, hermanos míos, fijarse, aun rápidamente, en el hecho del tullido de la Puerta Hermosa del Templo, y su curación, que la Iglesia ha escogido, siempre oportuna y admirable, para el oficio de este día, para convencerse de la verdad que entraña, y de la exactitud que encierra la primera parte de mi proposición: el paralítico, semejante en un todo á los de

Cafarnaum y Bethsaida, yacía en el dintel de aquel pórtico, colocado por piadosa mano ajena, á todas horas, todos los días, invariable, fijo, inmóvil, no esperando como el de la piscina, otra mano que le acercara á las aguas, en el momento de la bajada del Angel de la medicina y de la salud, ni descendido por la techumbre ante el Salvador, con fundada esperanza de recobrar el uso de sus entumecidos miembros; nada de eso: pedía una limosna, y nada más, porque nada más podían darle los asistentes á la casa de Dios, porque sólo eran, como él, mortales, si bien más favorecidos de los bienes de la fortuna, y capaces de compasión ante tan deplorable espectáculo.

Por eso alargaba la mano seca y desfallecida, ó mejor dicho, alzaba los tristes ojos y elevaba la plañidera voz ante Pedro y Juan, sin comprender que eran, como él, pobres de verdadera solemnidad; como él, tan pobres, que habían abandonado todo lo poco que poseían, barco y redes, por seguir á su Divino Maestro; tan pobres, que sólo tenían cinco panes de cebada y dos pequeños peces, para todos, en el día en que el Señor multiplicó aquella escasa frugal vianda para saciar á la turba hambrienta en el desierto; tan pobres, que Pedro, del que nos vamos á ocupar principalmente, no tenía ni una moneda para pagar el tributo, cuando Jesucristo le mandó buscarla en el seno del pez que se le vino á las manos; tan pobre, como lo han sido sus sucesores en medio de las rentas cuantiosas que poseían; tan pobre como lo es hoy el Pontificado, despojado injusta y violentamente de todas ellas, y sostenido únicamente por la piedad de los fieles, en esa colecta tradicional y simbólica, conocida de todos por la ofrenda del *Dinero de San Pedro*.

El dinero de San Pedro: he aquí la realización providencial de las palabras del Santo Apóstol á la petición insistente del pobre tullido: *No tengo oro ni plata; pero te doy lo que tengo*. ¿Qué tenía entonces Pedro? ¿Qué tiene ahora? Qué ha tenido siempre? Mano pródiga para dar de lo mismo que él recibe: mano generosa; mano compasiva; mano parecida, en

un todo igual, si queréis, si no ya superior á la de la fuerte mujer que nos describen los Santos Libros: ¡mano que bendice y consuela, cuando no pueda hacer otra cosa!

Por eso levanta al tullido, con las frases que nos relata el Libro de los Hechos Apostólicos; por eso pone en movimiento al paralítico Eneas; hace saltar de su lecho de muerte á la buena Thabita, la viuda madre de los pobres; por eso cura los enfermos, con sola la proyección de la sombra de su cuerpo: ¡salía de él una virtud, sin duda, semejante á la que sintió brotar de su corazón de piedad el Hijo de Dios al tacto de la orla de sus vestiduras por la hemorroisa! ¡Se conmovía el alma de Pedro ante las miserias y desgracias de la humanidad, como la de su Maestro ante el sepulcro de Lázaro!

Pedro ha muerto, es verdad; pero Pedro vive, porque Pedro es Silvestre, curando de la lepra á Constantino; porque es Gelasio, repartiendo á la Italia hambrienta todo el trigo de la Toscana y de la Emilia, patrimonio de la Silla Apostólica; porque es Gregorio, anfitrión cotidiano de pobres y peregrinos; porque es Pelagio, víctima de la peste en Roma, rescatando á Cumas de los Lombardos, á precio de oro; porque es León, salvando á Roma de los sarracenos, y construyendo Leópolis para los pobres habitantes de Centumedas; porque es Inocencio, salvando á Roma de los furiosos de Alarico; porque es Zacarías, deteniendo á Luitprando y Racchis ante las puertas de la amada ciudad; porque es Silverio, postrado ante Belisario, en nombre de un pueblo que sufre; porque es, en fin, Sixto, estableciendo la recta administración, la moralidad y la justicia en medio de un país abandonado á la opresión, á la fuerza bruta, al libertinaje, y á todas las malas pasiones.

Y no solamente á estos paralíticos materiales y morales, á estos necesitados y enfermos de alma ó de cuerpo, sentados á todas horas á las puertas de la hermosa península italiana, y en la basta extensión del grandioso templo del mundo católico, ha dicho Pedro, como dirá siempre, hasta que concluyan los siglos: *levántate y anda, en nombre de Jesucristo Nazareno*,

sino que se las repite, y repetirá, sin cesar, en el terreno de la ciencia, del arte, de la verdadera civilización y genuino progreso; al que no es, ni será nunca, obstáculo ni rémora de ninguna especie, ni en ningún terreno, la Silla de San Pedro ni la Iglesia por ella regida, que miró sus riquezas y su patrimonio como ofrenda de los fieles, como herencia de los pobres, como patrimonio del saber humano, como premio al mérito, como socorro al indigente, como protección al genio, acaso humilde y pobre, pero inspirado.

Levantaos, sabios de primer orden, grandes artistas de todo el orbe católico: Baronio, Belarmino, Suárez, Mariana, Santarén: evocad la memoria de los Urbanos y de los Píos, y de los Gregorios, fundadores de tantos celebrados centros de enseñanza y de la grande obra de las misiones extranjeras: Ticiano, Ariosto, Miguel Angel, Rafael, Benvenuto Cellini, aclamado al Pedro de las artes y las ciencias, en los Nicolaos, Inocencios y Leones: Dante, Petrarca, Sangallo, Fano, Bernicanto, Bernini, Albano, Salvator Rosa, Giordano, venid: ¿podréis enumerarnos los Pedros que os proporcionaron movimiento y vida, pan y gloria?

Voy á pasar á mi segunda reflexión, hermanos míos, porque otra cosa no consienten, bien lo sabéis, los estrechos límites de un discurso: pero no lo haré, seguramente, sin que los excepticos de hoy, los filántropos de la época, los economistas anticristianos de nuestros días, los infatigables declamadores contra la Iglesia y la Santa Sede, y contra sus riquezas, y su poder temporal y su influencia y su *despotismo*, escuchen las palabras que dirige el Santo Príncipe de los Apóstoles á la multitud que concurre admirada al Pórtico de Salomón á contemplar el milagro del tullido, y que parecen dichas para todas las épocas, para todos los hombres, para todos los hechos de la Iglesia, y sobre todo para los enemigos de la misma, sean de ayer, de hoy, ó de mañana, porque todos serán los mismos, y no harán más que reproducir su interminable serie de diatribas y de calumnias.

¿Por qué os admiráis, les diré yo con el Vicario de Jesucristo en la tierra, de todas estas maravillas? ¿Creéis que lo hemos hecho nosotros? ¿Creéis que nosotros, pobres en todos sentidos y terrenos, hemos podido enderezar este paralítico? ¡No! en nombre de Jesucristo Nazareno, que vosotros crucificasteis y negasteis ante el Tribunal de Pilato, que le declaraba inocente cuando vosotros pedíais la libertad de un malvado: en nombre del Autor de la vida, que hicisteis desaparecer de entre los vivos, y que ha resucitado de entre los muertos, en virtud de ese Nombre, único dado para salvación de los hombres debajo de la inmensa redondez de los cielos, se ha operado esta curación á presencia de todos vosotros.

Pues bien, ¡turbas *inconscientes*, congregadas bajo el pórtico de los Salomones modernos, ó más bien admiradas de los hechos de Pedro en diez y nueve siglos, bajo el pórtico de la sabiduría y de la caridad de su Santa Silla, en la Puerta Hermosa del Templo de la Iglesia Católica; no os admiréis: no ha sido León, ni Gregorio, ni Inocencio, ni Pío, ni Sixto, ni Urbano: ha sido Pedro, según la frase de San León el Grande: no ha sido Pedro, tampoco, por virtud propia; ese dinero no era suyo, procedía del dinero de San Pedro, de las ofrendas del mundo católico, y volvía á las arcas de los poderosos, y de los artistas, y de los pobres, y al mundo católico, en fin, para su gloria y sustento: esos consuelos, no eran suyos, sino de Dios: esos esfuerzos, y esos milagros, no eran sino de Jesucristo, al cual negáis, y crucificáis todos los días ante el tribunal de la fe, de la razón, de vuestra propia felicidad, que nunca os darán los *pseudo apóstoles del progreso*!

Y un recuerdo ahora, aunque brevísimo, para ti, Venerable é Ilustre Congregación de Presbíteros Naturales de Madrid, que bajo la advocación del Apóstol San Pedro vienes practicando todo género de obras de piedad cerca de tus hermanos, pobres y afligidos y necesitados y enfermos, Sacerdotes de todo el orbe católico, hace ya más de dos siglos, en la benéfica fundación de tu hospital, á cuyo recuerdo, y el del Santo Apóstol,